

huraños, el vestido á medio ceñir... ¡Qué feos estaban el pobre Niño de madera y la pobre niña de carne!...

Y se sonrió otra vez como una idiota.

Por su puerta entreabierta entró en aquel momento un agrio rumor semejante al graznido del cárabo.

Todo el cuerpo de Carmencita tembló, y sin dudar ni un segundo, sin volver la cabeza, despierta á la realidad de los sucesos, en una brusca sacudida de su ser, murmuró:

—Es Julio, que ríe.

XIX

Doña Rebeca se rebullía en su cuarto con las crenchas blancas tendidas en enredada madeja, con los brazos secos alzados como las quimas de un árbol marchito que se elevase al cielo pidiendo venganza.

Gesticulaba y maldecía y decía refranes á destajo...

Encima de una silla, con la tapa levantada y el seno vacío, se estaba muy echada para atrás, y muy burlona, una cajita de hierro, cuyo contenido se había llevado tranquilamente el joven Fernando, el hijo predilecto y mimado de la señora. Ella misma le había dado la llave de la caja, diciéndole muy acaramelada y blandamente:

—No quiero hacerte de menos, hijo; tú eres aquí el amo; para eso eres el mayor, un hombre de carrera, tan cabal y buen mozo...

Y el buen mozo tomó para su viaje los fondos de la familia, todos los ahorros de la renta, destinados á pagar deudas apremiantes, y «el quinto» de Julio, y salarios y obligaciones urgentes de la casa.

En las entrañas hueraş de la caja dejó Fernando un billete que no era, por cierto, de Banco, y que decía:

«Tengo que marchar inmediatamente, sin tiempo para despedirme, y llevo este dinero porque lo necesito y porque algo he de disfrutar yo de la herencia de tío Manuel...»

Doña Rebeca, ante la insolencia provocativa de aquella caja arrasada, se desató en improperios contra el hijo guapo de su corazón, y pensando con terror en el desquite que Narcisa se iba á tomar á costa de aquel despojo, entonó la salmodia estupenda de sus refranes:

—*Al arca abierta, el justo peca... Del enemigo, el consejo... Fíate de la Virgen...*

¡Era toda un puro berrinche la señora de Rucanto!

Narcisa, enterada del suceso, tuvo la más despiadada y cruel sonrisa para la boca abierta de la madre y de la caja, y encogiéndose

de hombros comenzó á congratularse de haber acertado en sus pronósticos. Y todos sus ademanes y sus dichos eran una jactancia orgullosa de sibila, una mofa hiriente y sangrienta para la desmelenada señora...

Julio no paró mientes en los gritos de las damas ni en la desaparición de la bolsa, sino en la cartita que la criada, guiñando maliciosa, llevó al cuarto de la novia. Aquel acontecimiento había hecho reír á Julio á carcajadas por primera vez en varios años.

Todo se desquició lúgubrementemente en la casa de Rucanto desde aquel punto y hora.

Ya no hubo un minuto de paz ni siquiera aparente; ya, sin la blanda influencia de Fernando, se volvió á endurecer la vida áspera y zahareña de aquella gente; ya, sin dinero y con trampas y apuros, volvió la estrechez de los días negros á caer implacable sobre el trágico caserón.

Cuando Andrés se enteró por Narcisa de la hazaña de su hermano, dió de puñetazos á los muebles y de patadas á las puertas, y crujieron maderas y cristales, temblaron las habitaciones y rodaron las blasfemias de una estancia en otra con un eco sacrílego y temerario.

Doña Rebeca, tiritando de miedo ante aquel

furor, huyó como alma diablesca por los misteriosos escondrijos de la casona.

En el paroxismo de su ira oyó Andrés el nombre de Carmencita.

—¿No sabes?—le decía su hermana, serena en medio de aquella borrasca—: «la dejó plantada».

El bárbaro mozo se calmó de repente, deteniendo el trueno de su voz ante la imagen seductora de la niña.

—¿Dónde está?—preguntó ansioso.

—No sé; ahí, por algún rincón; está muy triste.

—Quiero verla—rugió el monstruo.

Y se puso á buscarla por la casa adelante.

Iba diciendo siempre:

—Quiero verla, ¿dónde está?

Narcisa le contempló con sorpresa primero; después, con gozo; luego, con una crueldad brava y horrible.

Corrió tras él y le dijo con voz opaca, llena de perfidia:

—¿La quieres?... Yo te la buscaré... Te la doy para ti..., te la regalo...

Y los dos se lanzaron á la caza de Carmencita, oteando febriles como dos canes buscones.

No la encontraban.

Andrés se iba impacientando.

Para animarle, Narcisa le sirvió una incendiaria copa de ron. Luego que la hubo apurado de un trago valiente, dijo Andrés:

—¡Otra!...

Y la terrible señorita se la volvió á llenar.

Todavía Andrés presentó la mano extendida, insistiendo:

—¡Más!

Y todavía la hermana volvió á escanciarle.

Siguieron buscando. El mozo, tremulento, daba tumbos y juraba balbuciente; ella se reía y le iba proponiendo:

—Te casas con ella si quieres..., y si no..., no te casas...

Al atravesar la antesala encontraron á doña Rebeca, toda despavorida y angustiada, apretando convulsa un puño de pesetas.

La contempló Narcisa ceñuda, como indagando de dónde había sacado «aquello»; pero ella se apresuró á depositar el tesoro en los hondos bolsillos de Andrés, prometiéndole:

—Ya te daré más..., mucho más...

Andrés se olvidó de Carmencita.

Metió su zarpa agresiva en el bolsillo repleto, y haciendo sonar las monedas con dememte regocijo, hizo un ademán grosero y ganó la puerta de la calle, meciéndose en balances peligrosos y borbotando desatinos.

Le contempló Narcisa con desprecio olímpico, murmurando:

—Ni para eso me sirve este bruto; pero si no es hoy será otro día...

XX

¿Dónde estaba aquella tarde de infames maquinaciones la niña dulce y buena de los ojos garzos?...

No había encontrado ningún regazo suave donde llorar, ningún amable retiro donde consolarse.

Estaba escondida como un delito, oculta como una pena, en el cuartito del sobrado, recostada con fatiga y desaliento en el quicio de la ventanuca.

El gato, espeluznado, la rondaba mimoso, y ella, lentamente, le pasaba la mano por el lomo.

Ya no estaban los cielos azules, ni los campos verdosos, ni las horas doradas por el sol.

La tarde, cargada de tristezas, subía por el valle con trabajo, luchando con la neblina y con la lluvia. Venteaba, y todos los árboles, deshojados, accionaban con trágicos ademanes, alzando hacia las nubes grises sus brazos desnudos. Gemía la lluvia en incansable lloriqueo y todo era desolación y acabamiento en el paisaje, lo mismo que en el alma inocente de la niña de los ojos garzos.

Nublados de lágrimas, miraban aquellos ojos hacia el pueblo de Luzmela. Pero Luzmela se había hundido en la espesura sombría de la tarde.

Sólo en algunos momentos, entre la niebla jironada, aparecía austero y lejano el perfil de la torre señorial.

Entonces Carmencita se enjugaba los ojos con presteza y miraba, miraba, toda anhelante.

Y aunque ya la niebla se hubiera cerrado, tragándose otra vez la silueta grave de la torre, la muchacha veía siempre á Luzmela, haciendo de la graciosa aldea de sus amores una evocación intensa y fervorosa...

Allí, la iglesia, con su maciza planta de basílica, su puerta de arco de medio punto, sus saeteras y su campanario tosco, rematado por una cruz de piedra...; allí, el caserío breve y blanco, humilde y placentero...; allí, el pala-

cio, con su patriarcal solana, su balconaje de hierro y su escudo nobiliario, y adosada al palacio, señoreándole y prestándole aspecto de fortaleza, la torre, sobre cuyos labrados dinteles campeaba la piadosa divisa *Credo in unum Deum*. La aldea había tomado su nombre del palacio, que, rodeado de fincas rústicas, extendía sus dominios por la pujante ladera hasta el espeso ansar ribereño del *Salía*. Todo el valle era tributario de la casa noble de Luzmela. El palacio rico y el caserío pobre se confundían en una misma cosa: un cuerpo equilibrado y robusto, regido por el alma piadosa del dueño del solar.

—Allí, en Luzmela, todo era paz y amor— pensaba la niña soñadora—, así como aquí, en Rucanto, todo es odio y venganza.

Y tembló la pobre.

Prestó oído atento... ¿Reñían?... ¿La llamaban?... No; estaba muda la casona; Carmen podía seguir soñando.

Soñaba con la mirada desvaída y los labios entreabiertos..., estremecida de frío..., con las mejillas húmedas de llanto.

Preguntaba, desorientado, su corazón:

—Pero ¿quién soy yo? ¿Cómo me llamo yo? ¿Qué hago en esta casa?... Padrino, ¿eras tú mi padre?... Y mi madre, ¿quién es?... ¿Es una madre muy triste que anda por

el mundo buscándome?... ¿Era acaso una mujer muy blanca, muy bella, que se murió sonriendo?... ¡No sé, no sé quién era mi madre, ni quién mi padre, ni quién yo sea!...

Y de pronto se le iluminó la cara con un fugaz resplandor de alegría, mientras aun su corazoncito soliloquió:

—¡ Ah, pero tengo un hermano!... Tengo á Salvador; lo había casi olvidado... Dí, Salvador, ¿eres tú hermano mío?... Yo quiero que lo seas..., yo quiero irme contigo, Salvador...

Y se quedó escuchando, como si su amigo fuese á responder, como si fuese á llegar en aquel momento.

Pensaba en él la niña con una dulce seguridad, con un suave y cordial afecto.

Salvador era para ella el recuerdo vivo de su felicidad huída, la personificación de sus bellos años infantiles. Le veía inclinado con afanoso interés sobre el padrino doliente; le veía alegrando siempre la sala silenciosa del palacio con el repique sonoro de sus espuelas y la jovial resonancia de su risa saludable...; le veía amable y servicial con los pobres del contorno, con los criados de la casa; siempre amoroso y complaciente con ella, la hija del misterio, convertida entonces en reina de un hogar.

Carmencita se exaltaba en la memoración de aquellas horas apacibles de su vida, de las cuales sólo le quedaba aquel testigo: Salvador.

La barba rubia del médico le recordaba á la niña la de los santos que veía en los altares: era una barba riza y suave que estaba pidiendo un nimbo celestial para la cabeza serena y dulce de aquel hombre todo bondad.

Y Carmen, desde la imagen benigna de Salvador lanzaba su pensamiento vertiginosamente á la imagen seductora y pérfida de Fernando, y se estremecía con temblamientos angustiosos. Fernando le parecía un sueño delicioso y doloroso que le mordía el corazón. Abría los ojos despavoridos encima de aquella memoria incitante, y no sabía qué cosa le atraía más á la visión tentadora, si era el gozo de amarla ó el quebranto de perderla.

Y cuando lograba sacudir de encima aquella imagen, con un poderoso arranque de su alma y de su cuerpo, volvía á llamar á Salvador en su auxilio; pero, sin acordarse nunca de que él era un hombre propenso al amor, con unos ojos sinceros y acariciadores que la miraban, como interrogándola, como averiguando... No; ella sólo pensaba... ¿Salvador, eres tú hermano mío?...

XXI

En vano Carmencita hubiera hecho á gritos aquella pregunta desde la tronera de la casona. Salvador no hubiera cruzado el camino al alcance de su voz apesurada.

Salvador estaba muy lejos de la paz gimiendo del valle y del cantar ronco del *Salía*.

Después de aquel memorable día de Todos los Santos en que el médico vió á la niña enamorada de otro hombre, midió varias noches los salones solitarios de Luzmela con sus pasos automáticos y sonoros, y se agitó insomne y nervioso, muchas horas, en el monumental lecho de roble donde don Manuel de la Torre murió sin consuelo.

Y una mañana muy nublada y tormentosa, Salvador llamó á Rita y le dijo:

—Esta tarde salgo de viaje.

Rita, que andaba cavilosa leyendo misteriosos motivos en la pena visible del médico, preguntó alarmada:

—¿Adónde, señorito?

—Voy á París, como otros años.

—Pero siempre iba en primavera... ¿Con este tiempo ha de salir de casa?... ¿No oye cómo «suenan la nube»?... Habrá temporal... El viento levanta tolvaneras por esos caminos... ¿Tanta prisa tiene por marchar?...

—Prisa tengo, mujer; no puedo esperar ni un solo día...

Rita, convencida de la decisión del joven, interrogó con blandura.

—¿Despidióse de la niña?

El se volvió hacia otro lado para responder.

—Ya me despedí.

—¿Y queda contenta?

—Muy contenta...; como nunca...

—¿Está seguro, señorito?

—Segurísimo... Anda, Rita, prepárame el equipaje...: pon lo que te parezca...; poca cosa, una maleta pequeña.

—¿Va entonces por poco tiempo?

—No lo sé todavía...; ya veré.

Y se encerró en su cuarto, en un paseo incansable, como de fiera enjaulada.

Rita, sintiendo aquellos pasos violentos que

desde hacía días retumbaban en los aposentos callados con isócrono rumor de máquina, movía la cabeza y suspiraba, mientras colocaba en una maleta camisas y calcetines y prendas interiores de abrigo.

Por la tarde, ya ensillado el caballo del señorito, próxima la hora del tren que había de tomar fuera del pueblo, rondaba Rita el cuarto del viajero, muy compungida.

Al salir le dió el médico la mano, y le dijo, revelando preocupación secreta:

—Si ocurre algo en Rucanto me escribes ó me telegrafías, ya te diré adónde.

Se despidieron.

Toda la servidumbre se asomaba al zaguán; los mozos de las cuadras se hacían los contradizos en la corralada, y Rita, detrás del señorito, se enjugaba los ojos en silencio. Partió Salvador, diciéndoles á todos con la mano un adiós afectuoso; llevaba en el semblante extraña expresión de angustia.

Al siguiente día, el trasatlántico francés *San Germán*, que zarpaba del puerto de Santander, llevaba sobre cubierta un melancólico pasajero de barba rubia, que desafiando la crudeza de la temperatura y la desapacibilidad de la tarde, parecía embelesado en la contemplación de las aguas y de la costa.

Iba pensando aquel pasajero: ¡Pero qué triste es el mar, Dios mío, y la tierra qué triste es!

Se puso entonces á mirar el cielo, y después de una meditación extática dijo, más con el corazón que con los labios: ¡Y el cielo también es triste!...

Ya de noche, Salvador, que era el pasaje-

ro de las contemplaciones doloridas, apoyado en la borda, escuchaba absorto la respiración sollozante del mar. La costa se había borrado en la lejanía y la sombra había caído densa sobre el impetuoso Cantábrico, envolviendo al barco en el espíritu aterido y misterioso de la noche.

Al lado del joven pensativo resonaron unos pasos, que llevaban el compás, gratamente, á una linda barcarola.

Salvador volvió la cabeza hacia aquel lado y aguzó en la obscuridad su mirada.

Vió la talla aventajada de un hombre, y le pareció á su vez que aquel hombre le miraba con atención...

Y tanto se miraron uno y otro, que dos nombres, pronunciados con sorpresa, rodaron sobre la cubierta, entre la monstruosa palpación del buque, y fueron á extinguirse en el rumor profundo de las olas.

—¡Salvador!

—¡Fernando!

—¿Adónde vas?

—Al Havre...; ¿y tú?

—Exactamente, chico, al Abra de la Gracia, que diríamos los españoles traduciendo... ¡Pero qué encuentro más original!... Yo te hacía en Luzmela.

—Y yo á ti en Rucanto.

—Mi viaje ha sido imprevisto.

—El mío también.

—Asuntos profesionales, ¿eh?; empeños arduos y piadosos de ciencia y humanidad, ¿no?

—Sí..., cosas de humanidad...; y á ti, ¿qué te trae por estos mares?

—¡Ah!, cosas triviales, sin importancia, amigo. A mí, cualquier viento me hace girar como á una veleta... Las velas de «este navío» se hinchan con todas las brisas que pasan.

Estaba Fernando tan risueño y gentil como de costumbre, tan dueño de la situación como solía estarlo.

Salvador, en cambio, tenía conmovido todo el cuerpo, á impulsos de toda el alma. Barajaba, con loca precipitación, el viaje sorprendente del marino con el enamoramiento de Carmen, y en su espíritu se hacía una noche tan cerrada como aquella que envolvía á los dos mozos sobre la cubierta oscilante del *San Germán*.

Por un momento tuvo el médico la desatinada idea de suponer que el marino llevaba á la muchacha en su compañía; pasó como un rayo por su imaginación febril la posible realización de un rapto ó de una fuga, y, mirando á su rival á un paso de distancia, le preguntó con insensato afán:

—¿Y Carmen?

Esta pregunta, así aislada y ansiosa, podía haber sido una revelación para Fernando; pero no fué sino un motivo de dulce sonrisa, y contestó apacible:

—Pues tan buena, y tan bonita.

Como si Salvador hubiera querido preguntarle únicamente: ¿qué tal dejaste á la novia?

Aguijoneado por la impaciencia, y sin saber ya lo que decía, añadió el médico:

—Habrá sentido mucho tu partida.

El otro, con ínfulas de filósofo, puso otra sonrisa benévola sobre estas palabras:

—¿Mucho?... Las niñas de diez y ocho años nunca «sienten» mucho, por muy románticas que sean...

—¿Es ella romántica?

—Todas las buenas lo son.

Salvador, asombrado, dijo:

—Sí, ¿eh?

—Pues claro, hombre; la bondad de las mujeres es puro romanticismo. Yo conozco mucho el género; las mujeres son mi flaco...: lo tengo en la masa de la sangre, chico; ya ves, mi padre..., mis abuelos..., mi tío...

Salvador callaba mirando á Fernando de hito en hito con ardiente ansiedad.

El marino, con los ojos vagamente perdidos en el misterio del mar, siguió contando:

—Pues sí: es romántica y tentadora la niña de Luzmela...; te confieso que hasta se me pasó por la cabeza casarme con ella, y hasta se lo propuse en una divina hora de debilidad amorosa... Tuve su alma en mis manos, una almita dulce y santa, llena de atractivos...; fuí romántico yo también, adorando á aquel ángel que vive en mi casa por un crimen de lesa humanidad. La misericordia y la simpatía me fueron metiendo á Carmen en el corazón; luego ella, con una adorable ingenuidad, hizo el resto, y llegué á sentirme apasionado por mi prima..., porque es mi prima, se lo he conocido en lo ardiente de la mirada, ¿sabes?

Salvador dijo que sí con la cabeza.

Y Fernando interrumpió su relato para interrogar:

—¿No estaríamos mejor en el salón de fumar? Aquí hace mucho frío.

—Vamos donde quieras.

Se cogió el marino del brazo del médico, y se hundieron ambos en la breve puertecilla de la cámara.

Dentro del fumador se sentía más intenso y trepidante el resuello del buque y quedaba confusa y apagada la voz grave del mar.

Sentados en las blandas almohadillas de un diván, los dos amigos encendieron sus cigarrillos en silencio, y luego el marino, sin petu-

lancia, con una sinceridad admirable, reanudó su relato:

—Pues Carmencita me quería, chico; ¡vaya una tentación! Pero yo no soy malo del todo, Salvador; yo soy lo mejorcito de la familia, ¿sabes?, y me dije: yo, á esta chiquilla la hago desgraciada si me quedo aquí...; yo pierdo á esta niña, porque en el más honrado de los casos, casándome con ella, la pierdo...: ¡valiente marido haría yo, prendado cada semana de una moza del contorno!... ¿No sabes tú que yo me enamoro todas las semanas?... Pues sí, hijo, no lo puedo remediar... Ya ves, amando á Carmencita por todo lo alto, me amartelé atrocemente con Rosa la del Molino... ¿La conoces?

Salvador hizo otro signo de asentimiento.

—Bueno; pues no me negarás que es una mujer con «todas las agravantes», una «superhembra» con una «arboladura», y un «calado»...; vamos, te digo ¡que la mar y los peces de colores!...

Y Fernando dió una larga chupada á su cigarro, lanzó el humo leve al techo artesonado del saloncito y se quedó mudo y sonriente, como en la grata contemplación de una gaya imagen.

Después de un éxtasis breve y dulce, suspiró y dijo:

—No quise yo meterme en líos, allí á la vera de mi casa; bastantes escándalos hemos dado en el pueblo los señores de aquel solar... ¡Luego, Carmencita!... Aquel era para mí otro cuidado más fino, otra mira más noble, Salvador...; me asusté al pensar que podía hacerla llorar y sufrir toda la vida, y tuve el valor de renunciar al divino manjar de su cariño. Yo me conozco; muchas veces me he juzgado ya enamorado *de veras*, y me he equivocado siempre. En materia de amores, parece que pesa sobre mí la maldición del judío. ¡Voy errante á través de las mujeres y en ninguna me puedo detener!... He engañado á muchas, ¡á muchas!..., porque yo tengo partido, ¿sabes?... yo tengo labia... y hasta parezco listo; hombre, ¿no te da risa?

¡Vaya, si al médico le daba risa!...

Siguió su cuento Fernando.

—¿Pero á Carmencita la había yo de engañar?... ¡Vamos, hombre, de eso no es capaz este cura!... Ya te he dicho que yo no soy siempre malo...

¡Qué había de serlo! A Salvador le estaba pareciendo un ángel del paraíso.

El marino se volvió hacia su amigo, para preguntarle alegremente:

—¿Pero no dices nada? ¿Qué te sucede?

—Estoy pensando en todas esas cosas que me cuentas... Son muy interesantes.

Y para disimular un poco su ensimismamiento, añadió:

—Conque tú, ahora, al Havre...

—Sí, hijo mío, camino de París. Voy á divertirme un poco antes de volver á navegar... Las francesas... ¡oh las francesas!... Las puras mieles, Salvador; ya las conoces...

—Sí, ya las conozco—murmuró el médico. Y dijo, de pronto, Fernando:

—Pero tú no eres de mi cuerda; no te divierten mis aventuras ni te enardecen mis proyectos... Para ti la mujer es una cliente, un caso patológico... Ya sé que eres un San Antonio sin tentaciones... Apuesto á que no has reparado en Rosa la del Molino, ni en la propia Carmencita; y, mira, esa era para ti que ni pintada...; ¿por qué no la pretendes?

Desemblantado y confuso, contestó Salvador:

—No me querría...

—¿Cómo que no? Deja á un lado la modestia, hombre; tú no eres «costal de paja»; un mozo de carrera y de fortuna, de tú reputación y de tu prestigio; ¡pues ahí es nada! Eres digno de ella, Salvador, seríais una primorosa pareja; y luego, chico, sacabas un alma del purgatorio, porque te confieso que la

niña de Luzmela lo pasa muy mal con mi gente..., pero muy mal..., como lo oyes. Yo no sé su tutor qué hace, ni acabo de entender ese lío del testamento de su padre; pero creo que alguien tendrá obligación de mirar por esa criatura, y esa obligación no se cumple... Mira, hay en mi casa para ella hasta el peligro bárbaro de Andrés, ¿sabes?... Andrés la mira con buenos ojos..., es decir, con los malos ojos turnios que tiene y que no delatan ni una sola intención derecha. Luego, mi hermana la tiene una envidia feroz..., y mi madre..., yo no debía hablar mal de mi madre, ¿verdad?, pues sólo te diré de ella que no está en su sano juicio. He hecho por Carmencita cuanto he podido. Mientras estuve allí la defendí contra todos y la proporcioné algunas alegrías... Ahora tal vez ha llorado un poco por mi causa; no acierto nunca á hacer las cosas con perfección; pero te aseguro, Salvador, que me he portado con ella todo lo mejor que he podido..., ¡como que estoy una barbaridad de contento y orgulloso!... Choca esos cinco, hombre...

Salvador chocó, no «los cinco», sino «los diez», tendiendo las dos manos al marino con muda gratitud.

Había atendido á la última parte de aquella franca confidencia con una inquietante

perplejidad, sumiéndose en temores agrios y mordientes, con la conciencia alterada por la zozobra cruel de haber abandonado á Carmen en medio de los peligros siniestros de la casona de Rucanto. Hubiera querido unas alas para tenderlas hacia aquella niña querida que lo era todo para él en el mundo..

Tuvo que hacerse una dura violencia y seguir departiendo con su amigo sobre aquel inesperado viaje de los dos.

Afortunadamente, Fernando hizo el gasto de la conversación, y con su peculiar desenfado fué refiriendo jovialmente todas las fases de su escapatoria, sin omitir aquella de la desahogada caricia hecha por su mano á la cajita de hierro.

Con acento un poco cínico, comentó, riéndose:

—Está mal hecho..., ya lo sé, ¡qué demonio!; pero yo necesitaba salir de Rucanto á escape, sin despedidas ni explicaciones; me hacía falta dinero, y ya, de coger algo, cogí todo lo que había...; ¡que se arreglen como puedan!... Venía yo de muy mal humor...; sacrificarse duele, hombre; hace mala sangre y pone la vida oscura. Yo pensé: llevando *guita* abundante, puedo distraerme un poco...; olvidaré sin dolor á la niña de Luzmela y á Rosa la

del Molino...; ¿y no es también de justicia que yo pruebe el dinero de tío Manuel?

—Claro que sí—dijo Salvador distraído.

—Pues aquí me tienes, médico, caminito de París...; ¿y tú?

Salvador, vacilante, repuso:

—Probablemente también iré á París; pero por de pronto me detendré en el Havre unos días. ¿Tú vas derecho á la capital?

—A toda prisa, hijo; me interesa poco el gran puerto que los revolucionarios llamaron Havre-Marat...

Ya crecida la noche, se despidieron Salvador y Fernando en el charolado pasadizo de sus camarotes; pero el médico, apenas soprotados unos minutos dentro de la minúscula pieza, se aventuró de nuevo por los intrincados corredores de la cámara y ganó la cubierta, presuroso y anhelante, con paso de fantasma, sin alzar ningún ruido bajo la suela de goma de sus zapatos marineros.

Un desasosiego punzante le empujaba á moverse y á levantar sus ojos en callada consulta hacia el cielo.

Estaba toda la luz estelar presa en la extrema cerrazón de la noche, y en vano Salvador trataba de avizorar, con atónita mirada, el secreto sagrado de la altura. Su alma, serena y apacible en las corrientes diarias de

la vida, se sentía en aquella hora atribulada con honda ansiedad.

Avaro de vivir para sus esperanzas, suponía que la muerte le acechaba, volando astuta en el seno del abismo, y á cada vuelta estridulante de la hélice se acongojaba pensando cómo la fatalidad le alejaba del rincón de su valle, donde la mujer de sus amores padecía y lloraba, tal vez llamándole, atormentada y perseguida... Un pesimismo desesperante le hacía escuchar ecos de naufragio y agonía, y prestando atento el oído con demente zozobra, percibía distinta y trépida una voz de desgracia que nacía en el fondo gimiente de las olas y culebreaba entre la madeja de los mástiles, hasta extinguirse como un suspiro en la sombra infinita de la noche...

No sabía de cierto Salvador si era aquélla la voz querellosa y tímida de su amada, ó un hálito de misteriosa tragedia que iba á perderse á un desierto playal en las alas negras del viento...

Escuchaba y temblaba, y tenía llenos de lágrimas los ojos interrogadores, donde fulgía una varonil expresión enamorada y ferviente...

TERCERA PARTE